

Mujeres

Mujeres de las lindes de la gloria
con síntomas de luces inmortales:
clavad el resplandor de vuestra historia
en los discos de fuegos siderales.

Mujeres de los ámbitos del sueño
con matices de aurora estremecida,
que en toda la extensión de vuestro empeño
florezcan los misterios de la vida.

Mujeres de la dicha y el milagro
en el iris bendito de la risa,
a la luz de vosotras me consagro
aunque empolve a la tierra mi ceniza.

El placer de morir carbonizado
al alba de unos ojos femeninos
relincha con el potro desbocado
que corre por mis nervios masculinos.

MANUEL OSTOS GABELLA

LOS EPISODIOS PROVINCIALES

El bombardeo de 1937

Por AUGUSTO OLIVER MARCOS



El 23 de Julio de este año se cumplió el 31 aniversario del bombardeo, del único bombardeo que sufrió Cáceres durante la guerra civil y que produjo muchísimas víctimas a pesar de su corta duración y de la poca potencia de las bombas utilizadas.

Posiblemente el artefacto que ocasionó más víctimas, indirectamente, para más sarcasmo, fue la bomba caída en las casas del adarve y destinada a hacer blanco en el Ayuntamiento. El estruendo de esta bomba motivó tal pánico entre las mujeres, que en aquella hora se encontraban en el mercadillo, que aunado con las escasas condiciones del edificio por la estrechez de sus corredores, fueron los principales causantes del más luctuoso suceso de aquella jornada.

Ocasionalmente en la segunda planta del dicho mercadillo se encontraba junto a su madre un niño aterrorizado por el horror de aquellas imágenes dantescas, cuyo recuerdo, a pesar de los años transcurridos perduran en su imaginación y que hoy toma la pluma, para notificar como testigo que fue de un hecho que ya es historia de nuestro Cáceres.

El día amaneció soleado, caluroso ya desde las primeras horas, pues en aquellos veranos hacía más calor que ahora.

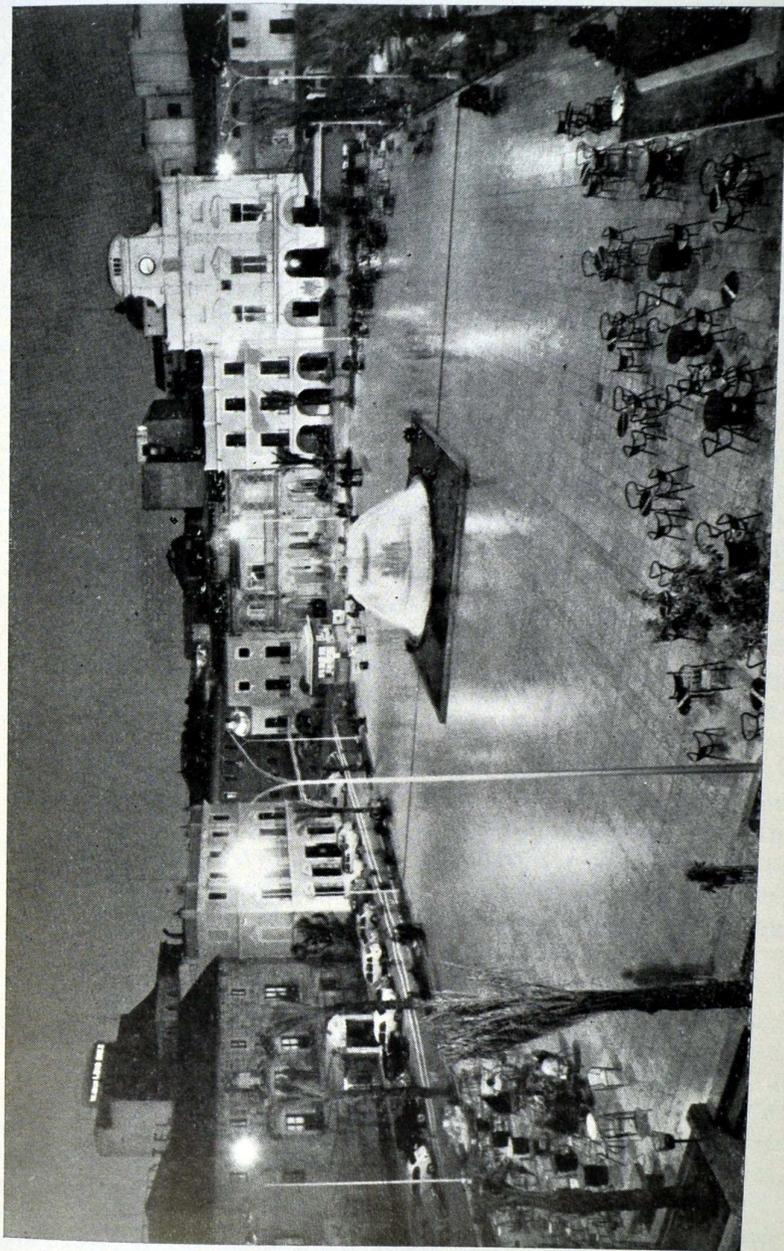
El autor de estas líneas había terminado en aquella época su primer curso del bachillerato, y por no perder el hábito del estudio daba por las mañanas una clase de francés con don Andrés Simancas. Aquel día, alrededor de las nueve y media, salí de casa acompañado de mi madre que iba al mercado para hacer su compra diaria y a comprarme unos zapatos que necesitaba.

Vivíamos, por entonces, en una casa del comienzo de la calle de Caleros; tomamos pues, la Cuesta del Maestro; seguimos por la calle de Tiendas y al pasar por Santa María mi madre, muy devota de la Virgen de la Montaña, manifestó sus deseos de hacer una visita a la Patrona de Cáceres, que por las especiales circunstancias de aquellos días había sido bajada a la ciudad. Pero yo alegando que se iba

a hacer tarde para mi clase de francés, logré disuadirla y mi madre siempre condescendiente, demoró su visita para el regreso. Esta decisión evitó que nos encontráramos minutos después en otro de los más sangrientos decorados de aquel día, pues la plaza de Santa María recibió la más grande concentración de bombas de la jornada. El Gobierno militar, instalado, no recuerdo bien, si en el palacio de la Diputación o en el de los Golfines, y un cuartel de milicias en el palacio de Ovando, la hacían objetivo militar de primera importancia. Luego, las bombas cayeron en el palacio de Mayoralgo, destruyendo en parte su bellísima fachada, y otras ante la puerta norte de nuestra iglesia catedral y ante el palacio de los Duques de Valencia. La metralla entró abundantemente por ambas puertas de la iglesia, destrozando de modo impresionante puertas y bancos, y segando vidas de personas que allí oraban, niños que iban al colegio de Cristo Rey y mujeres que marchaban a sus quehaceres. Inocentes que en las guerras son los que llevan la peor parte. Tres víctimas militares. Un herido, un miliciano que hacía guardia de puerta en el palacio de Ovando y que sufrió amputación de un brazo, y dos muertos, los padres de mis amigos, los hermanos Silveira Pereira y Duarte Cilleiros, que cayeron junto a la rinconada del palacio de los Golfines, mientras hacían su servicio de guardia ante el gobierno militar.

Pasamos a la plaza de Santa María, Arco de la Estrella y nos dirigimos al mercadillo. Durante este corto trayecto nos cruzamos con innumerables personas conocidas que perdieron su vida poco después y que impasibles se iban acercando a su inexorable destino.

Dentro ya del mercadillo, mi madre hizo sus compras en la primera planta; subimos a la segunda por la escalera, despacio, sosegadamente; en los rellanos, las mujeres se detenían y comentaban sus adquisiciones o chismorreaban inocentemente; se usaban para la compra unas cestas de mimbres anchas y profundas, que las amas de casa cacereñas colmaban hasta rebosar, estrechando con ellas los angostos límites del local. Todo allí era animación bulliciosa. Yo, colgado del brazo de mi madre, callado, lo observaba todo. Siempre me había atraído el mercado, su tráfago, sus fuertes olores...; me gustaba curiosear, andar de un lado para otro, pero desde aquel día aciago no he vuelto a poner mis pies en él. Todas estas impresiones las transcribo de mis recuerdos, de mi memoria visual, que siempre me ha favorecido y por la fuerte impresión que recibí. Debo aclarar que en aquellas, un poco lejanas fechas en que no existían en Cáceres ni los supermercados de ahora ni esa proliferación de tiendas, que el crecimiento de la ciudad ha hecho posible. Quiero indicar con



ALBUM EXTREMEÑO. - Plaza de España, Mérida. (Foto Arribas).

esto, que para comprar algo había que ir necesariamente al mercado, al *mercadillo*, como popularmente se decía y se sigue diciendo hoy. Todas las amas de casa se daban cita diaria allí. El local ya resultaba insuficiente; andar por sus pasillos era una pequeña odisea, se andaba con dificultad, renqueando; a ello contribuían también las aparatosas cestas de mimbrés, de las que ya he hecho mención... Mas para un observador atento era un espectáculo inolvidable. Allí estaban los pescaderos, con sus delantales a rayas verdes y negras. En los mostradores, las sardinas plateadas, los besugos rojos, las pescadillas de mirar fijo y dientes afilados como de cristal, con su sonrisa yerta... Allí estaban las candingueras, frescachonas, arremangadas, de ampulosos pechos y risa fácil, las morcillas *felisas* colgadas en ristras; las patitas de los corderos, peladas para la chanfaina: los callos, los bezos gelatinosos, todo... Arriba, las frutas apetitosas, las hortalizas, los olores del perejil y del cilantro, que asociaba nuestra imaginación con la humedad de las huertas de la Ribera. El pregón de las vendedoras, las voces, la barahunda... Todo se quebró de improviso. Una explosión ensordecedora se sobrepuso a todos los millares de pequeños ruidos. Vibraron los cimientos del inmueble y la parte metálica del edificio aumentó el fragor. Durante una fracción de segundo un silencio de muerte, luego millares de gargantas lanzaban frenéticos chillidos. Voces, llantos, cada uno huyendo de un peligro desconocido. Alguien gritó ¡¡Fuego!! El pánico se adueñó de todos. Carreras, gritos, confusión. Las gentes del piso alto desembocaban en la planta inmediata, venían desencajados, vociferantes, las greñas pegadas a la cara por el sudor. Un hombre, un vendedor, no recuerdo quien, se puso en medio del pasillo: lo veo ahora como entonces, con los brazos en alto, gritando hasta enronquecer:

—¡¡Calma... Calma...!!

Pero el pasillo era ya un río humano desbocado, incontinido... Mi madre y yo fuimos materialmente arrastrados por aquel glaciario humano de pesadilla. Del puesto donde nos encontrábamos al principio de las escaleras. La gente se descolgaba por las barandas para ganar tiempo, para ganar la calle que era nuestra meta deseada. Pero caían encima de la masa; de mala manera y eran pisoteadas, otros caían por las ventanas...

Bajamos al primer tramo de la escalera, volando sin poner nuestros pies en el suelo. En el rellano había o habrá una ventanita con unos barrotes horizontales, en uno de ellos acodé mi brazo y apoyándome en él sostuve a mi madre. La masa humana que empujaba

avasalladoramente derribó a los que la precedían; todos rodaron, menos nosotros dos, por las escaleras. Les vi perder el equilibrio y quedar en grotescas posturas por el suelo. Después la oleada los ocultó de mi vista. La atmósfera era irrespirable, un calor sofocante nos oprimía. Se oían quejidos de los pisoteados y gritos feroces de los aterrorizados. Se despejó un poco la escalera, entre cuerpos y bolsas de hule, cestas de mimbrés y variedad de objetos bajamos como pudimos. Con mucha suerte, pues llegando ya a la puerta de salida otro alud de personas procedente de arriba llenó la escalera. Fue entonces cuando se derrumbó la baranda aumentando las ya abundantes desgracias.

Un polvo amarillo-rojizo lo llenaba todo, hasta el extremo de ocultar a la vista incluso los edificios más cercanos. Desde la puerta del mercadillo no se veía con claridad nada en la amplia plaza, y por las alturas una infinidad de papeles revoloteaban como manada de torvos pajarracos. Volví a mirar el cielo polvoriento, papeles y más papeles en cantidades asombrosas moviéndose alocados y nublando al sol. No puedo imaginar de dónde saldrían, ni qué fue de ellos... Por los suelos los tenderetes de los vendedores, volcados, y por todas partes zapatos y zapatos de mujer, duros de plata y cosas de gran valor en aquel tiempo: medias de mujer, de auténtica seda y carretes de hilo de todas marcas, artículos escasísimos y fáciles de vender a cualquier precio abusivo estaban abandonados por comerciantes lo- greros, que ya empezaban a aparecer por todas partes.

De allí pasamos apresuradamente por el arco cegado hoy, donde se estriba la diosa Ceres, a los bajos del Ayuntamiento. Nos metimos por una puertecilla que conducía a largo pasillo y desembocamos en una habitación que sería depósito de útiles de limpieza municipales, llena también de picos y palas y alguna que otra esportilla. Allí nos refugiamos cinco mujeres y yo. Todos ilesos, solamente nuestro buen susto. Estábamos relativamente tranquilos. Permanecimos acurrucados hasta que pasadas un par de horas, llegaron unos obreros a por los picos y demás utensilios encargados de retirar escombros. Ellos nos dijeron que había pasado el peligro y podíamos salir sin el menor reparo.

Respiramos de nuevo el aire de la calle. El polvo denso había desaparecido, los papeles también. La gente salía de sus casas, mirando con resquemor. Cristales rotos por todas partes. Sólo el recuerdo de una sangrienta pesadilla.

LIRICA

¡Don de Dios!

Soy sincero. Soy honrado.

Digo la verdad. No miento.

Soy ladrón incorregible

que robo siempre mis versos.

Unos, a mi corazón,

otros, al violín del viento,

muchos, a la luz radiosa

de unos ojos bellos,

a los rojos labios

que su miel me dieron,

a la luna blanca,

pájaros parleros,

flores pudorosas

que me dan su aliento,

a las gemas luminosas,

a lo grande y lo pequeño,

a lo que vive y palpita,